

## Introducción. Centroamérica y los estudios centroamericanos

La literatura de Centroamérica pareciera no contar con los requisitos necesarios para pertenecer a cánones de mayor envergadura. Si bien no estamos de acuerdo quienes nos dedicamos al estudio literario de esta región, es tangible que la noción de “menor”, o incluso de “inexistente”, al referirse a la literatura centroamericana pulula entre aquellos que no la conocen o apenas han leído algo de su vasta producción. De allí que se llegue a cuestionar la calidad de sus autores, especialmente en ámbitos lejanos a la región. Por ejemplo, en un libro publicado en 2007, Arturo Arias, uno de los más prolíferos estudiosos de las letras de Centroamérica, relata que, en una discusión académica en una institución estadounidense, un colega sudamericano cuestionaba si en realidad existía una literatura centroamericana (186). Recientemente en un simposio en Canadá, y después de varias presentaciones de alto calibre sobre la literatura en cuestión, uno de los asistentes, luego de reconocer su propia ignorancia sobre el tema, preguntaba si había habido y cuáles habían sido las aportaciones de la literatura de la América Central a la literatura hispanoamericana. Los centroamericanistas presentes dimos varios ejemplos y explicaciones a manera de informar al colega. Esos cuestionamientos son generalizados, a pesar de la gran producción literaria centroamericana y de estudios críticos sobre la misma, por lo que se hace tácito que queda mucho trabajo por hacer, tanto para dar a conocer las culturas de Centroamérica, como para promover el estudio de su literatura y sus artes.

En 2006, en su introducción a *América Latina en la “literatura mundial”*, Ignacio Sánchez Prado indica que la literatura latinoamericana “sigue manteniéndose como un elemento incómodo en las reflexiones literarias internacionalistas” y que, dentro de la literatura mundial, se replantea su lectura como parte de “literaturas periféricas” (8-9). De esta manera, el entramado literario mundial se observa como un polisistema, definido como “a system of various systems which intersect with each other and partly overlap, using concurrently different options, yet functioning as one structured whole, whose members are interdependent”, aunque en realidad esos sistemas “are not equal, but hierarchized within the polysystem” (Even-Zohar 40, 42). Tomando esta definición en el caso

literario continental y observando ese cuestionamiento sobre la existencia y validez de la literatura centroamericana, resulta que esta vendría a ser una literatura periférica a otra periferia; es decir, supuestamente alejada de las literaturas periféricas y más distante aún del canon central.

Sin embargo, las producciones literarias centroamericanas, así como sus narrativas cinematográficas, pueden sustentarse por sí mismas a pesar de la invisibilidad de la que adolecen más allá de sus fronteras. A este respecto, parafraseo a Pablo Artal, reconocido científico de la Universidad de Murcia, quien opina sobre producir en la periferia de la periferia. Artal indica que el esfuerzo mayor que requieren las producciones doblemente periféricas construye el ingenio de quienes deciden afrontarlas y que, aunque realizar ese esfuerzo conlleve un futuro incierto, su continuidad depende de aquellos que tengan ideas claras y decidan luchar a contracorriente (citado en Pérez Ruzafa). Esos esfuerzos requieren de un flujo de energía con otras periferias y con el centro, continuo parafraseando a Artal, pues es en ese intercambio donde se propicia el movimiento de la historia, la cultura, el comercio y las ideas; es decir, el flujo energético necesita que las comunicaciones sean abiertas.

Precisamente aquí vuelvo a lo cuestionado a Arias y la cuestión planteada a los centroamericanistas canadienses en aquel congreso, las literaturas centroamericanas, al igual que sus producciones fílmicas, sí existen, sí han aportado a las letras y artes continentales y somos los mismos centroamericanistas trabajando a contracorriente quienes mantenemos las líneas abiertas con otras áreas para hacer fluir las ideas emanadas de las literaturas, las producciones cinemáticas y las culturas centroamericanas como parte del polisistema literario y cultural latinoamericano. Dado el desconocimiento generalizado de la región, especialmente entre aquellas personas que no conocen o ignoran sus artes literarias y visuales, se presenta aquí una explicación geográfico-histórico-cultural para facilitar la comprensión de lo que es Centroamérica. A continuación, se entretajan las sucintas explicaciones geográficas e históricas con los aportes literarios – y posteriormente los fílmicos – de la región a la literatura y el cine de Latinoamérica, entrelazándose también la presentación de los artículos incluidos en este primer volumen colectivo de la *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos* dedicado a las letras y el cine centroamericanos.

Localizada entre México y Colombia, la actual región centroamericana cubre un área de un poco más de medio millón de kilómetros cuadrados. Geográficamente, Centroamérica abarca desde el Istmo de Tehuantepec, en el Estado mexicano de Oaxaca, hasta el Tapón del Darién en el noroeste colombiano (Coates 18, 24). La cultura prehispánica también une la región

en dos corrientes indígenas: los mayas desde Oaxaca hasta la actual frontera entre Honduras y Nicaragua, y diversos grupos originarios en Nicaragua, Costa Rica y Panamá (Cooke 159, 165). Es precisamente esa primera corriente indígena a la que Centroamérica le debe un primer aporte a las letras continentales: el *Popol Vuh*. Desde la antigüedad, este libro sagrado de los quichés – originario de las tradiciones orales mayas, redactado por los indígenas en su idioma utilizando el alfabeto latino y traducido al español por un fraile dominico en el siglo XVIII – también “has found ever-greater resonance in the work of modern writers, artists and intellectuals and it has been the source of a long line of textual borrowings by Latin American authors” (Brotherston y Sá). Esta primera contribución de la región centroamericana, antes de ser conceptualizada como tal, es considerada la biblia del pueblo maya quiché, así como también una joya de la literatura precolombina mesoamericana y continental.

La historia posencuentro entre pueblos originarios y europeos se encargaría más tarde de comprimir esa geografía amplia y subdividirla en siete países: Belice, Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Panamá. Junto a las hermanas caribeñas y la Guayana Francesa, las siete naciones centroamericanas son las de menor superficie en América, por lo que muchos se preguntan cómo se llegaron a concentrar tantos países pequeños en un área tan limitada. Rodolfo Pastor, en su *Historia mínima de Centroamérica*, ofrece una explicación diacrónica que presenta diversas razones históricas para la creación de estas pequeñas naciones; razones que apuntan a que, a pesar de una constante desunión, generalmente política, nuestra región centroamericana siempre ha sido plural y al mismo tiempo única. Según Pastor, después del desmoronamiento del Imperio maya, entre los siglos XV y XVI en la región centroamericana prehispánica quedaban varios grupos originarios dispersos que rivalizaban constantemente, algunos de los cuales luchaban por control territorial y esclavizaban a grupos menores. Esta situación de disgregación hizo que “las riñas y suspicacias entre los señoríos y jefaturas facilitar[a]n su destrucción a manos de los españoles ... quienes hacia 1500 rondaban las costas” (Pastor 60).

Análogamente, la llegada de los españoles a la región también se caracterizó por pugnas entre los mismos invasores pues el Istmo “no fue conquistado por un ejército, con un líder reconocido, sino por media docena de ejércitos expedicionarios independientes y rivales”, los cuales “riñeron más entre sí de lo que batallaron con los indios”, por lo que imprimieron “a su vecindad y a sus jurisdicciones un carácter conflictivo” y “rivalizaron por el control” de la región aun después de completar la invasión (Pastor 67-68). Incluso en el periodo colonial, a la creación de la

Audiencia de los Confines en 1541, base política del Reino de Guatemala, se aplicaría una partición territorial que dividiría el Istmo entre la Audiencia de México (los estados mexicanos del sur, Guatemala, El Salvador y el occidente de Honduras), la Audiencia de Santo Domingo (nororiente de Honduras y Nicaragua) y la Audiencia de Lima (Costa Rica y Panamá) (103).

Mientras los poderes políticos y militares se disputan territorios para la corona e indígenas como mano de obra, surge la controversial figura de Bartolomé de las Casas (1484-1566), encomendero colonial convertido en fraile dominico, cuya *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (1552) quizás constituya una de las crónicas humanísticas más apasionadas acerca y en contra de la forma en que se llevaron a cabo la conquista, la cristianización y la colonización de América. Las Casas está fuertemente conectado al territorio que hoy conocemos como Centroamérica puesto que residió en Nicaragua y Guatemala, y fue Obispo de Chiapas. En su *Brevísima relación*, Las Casas narra al futuro rey español, Felipe II, “las matanzas y estragos de gentes inocentes y despoblaciones de pueblos, provincias y reinos que en ellas se ha perpetrado, y que todas las otras no de menor espanto” (7). El libro de este fraile influyó más allá de los linderos del Imperio español, puesto que, como asegura Alicia Mayer, “[e]l eco del ideario del padre Las Casas se oyó en varios confines del vasto continente americano, contra la conversión forzosa o violenta, contra la esclavitud, en favor de la humanidad y de los derechos de los indios” (1167), influencia que se extiende en aquel tiempo a los colonizadores ingleses y franceses, y que permanece hoy como un legado de la literatura producida en el Centro de la América colonial.

A finales del siglo XVI, la región se achica al ver sus extremos políticamente amputados, pues los ahora estados mexicanos de Tabasco, Campeche y Yucatán pasan a ser jurisdicción de la Audiencia de México y Panamá queda ligada a la Audiencia de Lima. Durante la colonia, en Centroamérica sobresalen como centros formadores de intelectuales y literatos la Real y Pontificia Universidad de San Carlos Borromeo, fundada en Guatemala en 1676, y el Colegio de San Ramón fundado en 1680 en León, Nicaragua, lugares en los que se forman los pensadores coloniales y más tarde los criollos que llegarán a ser los próceres de la independencia. La literatura colonial de la América Central de entonces no difiere de aquella escrita en el resto de Hispanoamérica, puesto que la misma se considera parte de la tradición española en sus colonias de ultramar y se compone mayormente de textos documentales (crónicas, historias y epístolas) y líricos (religiosos, barrocos y neoclásicos). En ese entonces hay varias luchas internas por la ubicación de la capital de la Capitanía General y el ya

limitado territorio se divide en cuatro intendencias – Chiapas, El Salvador, Honduras y León (Pastor 191) – que hacen frente a los planes ingleses para ocupar sus costas desde Bluefields, Nicaragua, hasta la región noreste de Guatemala que llegaría a ser la Honduras Británica, colonia inglesa creada en el siglo XVIII a partir de concesiones madereras que otorga la Corona española a la Corona inglesa.

Posteriormente, esas dos coronas se enfrentan en la llamada guerra anglo-española (1779-1783) y España empieza a perder poder político en sus colonias americanas. Más tarde, la invasión napoleónica a la península ibérica entre 1807 y 1814 presenta la oportunidad de independencia en el continente. A diferencia de las guerras independentistas en las Américas del Norte y Sur, toda Centroamérica se independiza pacíficamente en septiembre de 1821 “[w]ithout the slightest resistance by either the settlers or Spanish officials” (Foster 133). Esta constituye la primera instancia regional de unidad con un objetivo común. Dos meses después la región es anexada al Imperio mexicano hasta 1823, periodo durante el cual se vuelve a fracturar en tres comandancias – Ciudad Real, Guatemala y León – que benefician a las urbes conservadoras en desfavor del campesinado y los indígenas (Pastor 214-15). La realidad es que, poniendo de lado los intereses mexicanos, la emancipación llega a América Central sin que se cuente con un proyecto nacional con intereses generales y sin cohesión social entre su población.

De ahí que surjan los actuales Estados naciones. Con la excepción de Chiapas, Centroamérica se separa de México y se constituye en las Provincias Unidas del Centro de América en 1823 y un año después como la República Federal de Centro América. Para entonces, el asentamiento inglés conocido como Honduras Británica había crecido desde el río Hondo, frontera norte con México, hacia el río Sarstún que colinda al sur con Guatemala. Aunque se sigue disputando ese territorio con los británicos, no es preocupación primordial. La trifulca entre conservadores y liberales que asola al resto del continente, en la América Central resulta en una variedad de proyectos con intereses sectoriales: “el anhelo imperial que se oponía al deseo de libertad; el liberalismo de los criollos distanciados entre sí por sus propios intereses económicos y territoriales; el de los comerciantes y el de los conservadores y la iglesia” (Pastor 208-09). Esas luchas internas no cultivan la unidad, ya que, debido a la historia del Istmo como lo asegura Pastor, “el problema del regionalismo fue más agudo en Centroamérica porque estaba en efecto menos integrada que otras futuras naciones del vecindario” (221). Para 1842 expira la federación y se declaran independientes las otrora cinco provincias centroamericanas, con un asentamiento británico en la costa caribeña de

Guatemala, la cual también pierde en 1848 el área del Soconusco que se integra al Chiapas mexicano. Es por estas fechas que los países ístmicos vuelven a unirse para lograr un mismo objetivo, puesto que el filibustero estadounidense William Walker llega a Nicaragua en 1855, y se hace de la presidencia nicaragüense en 1856, desde donde pretendía conquistar toda la América Central. Es derrotado para 1857 por una coalición de ejércitos centroamericanos.

Posteriormente a ese funesto capítulo filibustero en la historia centroamericana, los albores de estas nuevas naciones continúan con los modelos culturales españoles, a veces emulando a sus hermanas repúblicas mayores, México, especialmente, y muy pocas veces experimentan o innovan. Durante los primeros años de independencia, abunda en América Central la poesía neoclásica que se traslapa con la literatura del romanticismo hacia la segunda mitad del siglo XIX. Ambas tendencias cultivadas en España se ajustan, en especial la última, a las necesidades literarias de la región. Descuella el guatemalteco José Milla y Vidaurre (1822-1882), literato al servicio de gobiernos conservadores, con sus novelas que combinan romanticismo e historia. De hecho, Milla y Vidaurre es uno de los primeros latinoamericanos en escribir novelas históricas y el primero en cultivar a fondo y definir este género en el continente (Menton 23). Por su elocuente trabajo en el que entreteje historia y ficción, así como por su labor periodística, Milla y Vidaurre trasciende agendas políticas, y el gobierno liberal lo nombra en 1876 historiador oficial de Guatemala, cargo desde el cual escribirá su *Historia de la América Central* (1879). Ya por esas fechas, entre los escritores de los países jóvenes de América, mayormente poetas, se percibe el deseo de ver más allá de las tendencias literarias españolas y un nuevo aire literario proveniente de la región centroamericana está a punto de esparcirse por el continente y trascenderlo: el modernismo.

Sánchez Prado parcialmente titula su introducción arriba aludida como 'Hijos de Metapa', en referencia al lugar de nacimiento del reconocido padre del modernismo, el nicaragüense Rubén Darío (1867-1916), uno de los grandes escritores centroamericanos que han ocupado un lugar preferencial en el canon de la literatura continental. Algo curioso pasa con la figura de Darío, puesto que, aquellos que se preguntan con ignorancia por la literatura de la región, olvidan su procedencia, dado que, como está tan consagrado, se desregionaliza y se ve como una figura de las letras hispanoamericanas y hasta hispánicas, y no como escritor de la región centroamericana. Al referirse a la literatura latinoamericana como periférica a la mundial, Sánchez Prado pondera la manera en la que Darío, "un hijo de Metapa, ciudad menor de un país marginado en una región

periférica [a la periferia, añadiría], sea capaz de articular una práctica literaria universal” que irrumpe en los centros literarios (7-8). En efecto, como lo afirma Flavio Rivera-Montealegre, Darío,

dio conciencia y amplitud al movimiento con el ejemplo de una obra excepcional, incomparable en la literatura de la lengua, y, después de suscitar el entusiasmo de la juventud, de vencer la resistencia de los viejos retóricos, impuso una nueva orientación en todo el continente y luego también en España. (xxix)

Es así que la literatura emanada de la América Central vuelve a tener alcance continental y, como parte de la producción literaria de Latinoamérica, irrumpe en la esfera literaria española y las transnacionales.

El modernismo se cultiva en todos los países de la América Central, cuyos escritores, debido a las relativamente cortas distancias, mantienen relaciones gremiales de intercambio epistolar y visitas personales. De ahí que Aquileo J. Echeverría Zeledón (1866-1909), viajero incansable que cruzó el continente y varias veces el Istmo, sea reconocido por el mismo Darío como “el poeta de Costa Rica” (Chacón 152). Como costumbrista de principios del siglo XX, la poesía de Echeverría Zeledón, Benemérito de las letras costarricenses, es uno de los ejemplos de literatura popular que apunta a transmitir ideales nacionales al imaginario de sus compatriotas a quienes se les presenta el folclore campesino como parte integral de una nación que se describe y narra tanto con humor como con tragedia y preocupación social (Chacón 152-53). Este poeta, si bien un poco anacrónico en su tendencia costumbrista, sí se adelanta en su denuncia social literaria que estaba por aparecer en el continente mediante el regionalismo literario o criollismo. Los Estados americanos a punto de cumplir cien años de independencia, también están tratando de forjar naciones modernas, solo que, para realizarlo, los gobiernos de turno facilitan la explotación de los sectores socioeconómicos más bajos y favorecen la inversión extranjera.

Esa inversión en Centroamérica proviene en su mayoría de los Estados Unidos que, para el cambio de siglo, ya ha hecho de la región centroamericana su propio traspatio puesto que explota sus recursos naturales sin dejar poco o nada a cambio, abusa de la mano de obra local y, encima de todo, se jacta de proteger a sus naciones hermanas “menores”, solo que lo hace mediante tres controvertidas “fes”: inversiones explotadoras, intervenciones políticas e invasiones militares. Es entonces que Panamá, aún parte de Colombia, se independiza en 1903 gracias a que la nación hermana “mayor” le aplica la diplomacia de cañonero al país

sudamericano, mas no gratuitamente ya que la esbelta franja panameña es considerada lugar idóneo para el tan soñado canal interoceánico, el cual terminan de construir los estadounidenses en 1914. Panamá como país no aparecerá en los mapas centroamericanos sino hasta 1920 y solo a manera de anexo y en recuadro aparte.

En medio del silencioso caos que entre los sectores oprimidos ocasiona la presencia norteamericana en el Istmo, aparece la figura de Clementina Suárez (1902-1991), poeta hondureña cuyos escritos desafían convenciones sociales, desde reclamar los derechos de las mujeres hasta el compromiso revolucionario para con las clases desposeídas. Sostiene amistad con varias personalidades literarias – Miguel Ángel Asturias, Pablo Neruda, Salvador Salazar Arrué (Salarrué), Claudia Lars y miembros de la Generación Comprometida de El Salvador, incluyendo a Roque Dalton – , recibe el Premio Nacional de Literatura de 1970 en Honduras y sus actividades literarias y culturales resuenan en el continente como fundadora y directora de revistas, diarios y galerías de arte, tanto en su país natal como en Estados Unidos, México, Cuba, Guatemala, El Salvador, Costa Rica, Panamá y Argentina, donde en 1975 recibe un doctorado *honoris causa* de la Universidad de Buenos Aires (Balderston y González 550-51; Chacón 435).

Suárez y sus contemporáneos que crecen con el siglo XX, en la primera mitad del mismo, ven Centroamérica plagarse de dictadores militares investidos con el beneplácito del Coloso del Norte para salvaguardar sus intereses comerciales. Todos estos dictadores se oponen a cualquier crítica contra sus gobiernos o los extranjeros que los patrocinan, por lo que hay censura literaria para evitar publicaciones intelectuales subversivas consideradas comunistas. Los británicos continúan silenciosamente ocupando y expandiéndose en el área noreste de Guatemala. Costa Rica sigue su propio sino pues padece un gobierno autoritario, corrupto y represor entre 1917 y 1919, y luego una guerra civil en el 48, tras la cual se legalizan varias reformas que garantizan la existencia de una nación más democrática. Hacia finales de la década de los años 40, se derrumban los gobiernos autoritarios centroamericanos, se vislumbra el deseo de abrir el camino a la democracia y las intelectualidades nacionales tornan la mirada hacia ideologías socialistas. Llegan los tiempos de Ernesto “Che” Guevara y la Revolución cubana. En El Salvador, bajo constantes gobiernos militares, surge la ya mencionada Generación Comprometida y su representante más conocido, el prolífico poeta salvadoreño Roque Dalton (1935-1975), cuyos compromiso y poesía tienen alcance continental.

Dalton no solo predica el compromiso social del artista para con el pueblo, sino que también lo vive puesto que, por su militancia, durante la

cual no deja de hacer poesía, es encarcelado, torturado, amenazado de muerte y exiliado varias veces, para luego volver al compromiso por la justicia social en su propio país. Juan G. Ramos lo define como el “militant-poet that must create art with the intent of denouncing social injustice in the present, but must also be actively engaged with everyday social struggles and social reality of the people” (196). Dalton viaja y vive en diferentes países del continente, de Chile a México a Cuba, y más allá, a Rusia, Vietnam, Corea y la antigua Checoslovaquia, predicando su compromiso mediante una poesía que es recogida y traducida en antologías en Centroamérica, Sudamérica, Estados Unidos y Europa. Su trascendencia se hace tangible cuando muere asesinado por sus propios camaradas, tras regresar a El Salvador en 1973 a continuar la lucha armada de compromiso social, ya que su asesinato en 1975 desató enardecidas protestas entre los escritores hispanoamericanos, entre ellos, Julio Cortázar, Mario Benedetti, Gabriel García Márquez y Eduardo Galeano.

Paralelamente a la Generación Comprometida, en otras naciones centroamericanas los intelectuales encuentran un espacio para desarrollarse, y en lo literario “florece en la región un criollismo de pertinaz denuncia social que se centra en los sistemas dictatoriales y la intervención extranjera” (Rozotto 133). Surgen nombres que resuenan en los ámbitos centroamericanos: el hondureño Ramón Amaya Amador, los salvadoreños Salarrué y Napoleón Rodríguez Ruiz, el nicaragüense Alberto Ordóñez Argüello, el costarricense Joaquín Gutiérrez Mangel y el guatemalteco Mario Monteforte Toledo. Esa literatura regionalista, extemporánea con respecto al resto de América, también es cultivada por Miguel Ángel Asturias (1899-1974), otro de los destacados literatos de la América Central que también se inserta en el canon de la literatura hispanoamericana. Su obra se destaca por presentar influencias de la cosmogonía maya a partir de su traducción del *Popol Vuh*, por una abierta crítica a los estragos causados por los Estados Unidos en la nación guatemalteca y por considerársela como una de las literaturas fundadoras del realismo mágico. Con la novela del dictador *El Señor Presidente* (1946), la novela neindigenista *Hombres de maíz* (1949) y la trilogía bananera antiimperialista *Viento fuerte* (1950), *El papa verde* (1954) y *Los ojos de los enterrados* (1960), entre otras, la producción literaria de Asturias se ha convertido en “a historical and stylistic point of reference for Latin American literature” (Balderston y González 43). Asturias fue el primer centroamericano y el primer novelista latinoamericano en recibir el Premio Nobel de Literatura en 1967.

Por otro lado, los países de la región incluyen tímidamente a la nueva nación hermana del canal, que debe lidiar con abusos internos y externos.

Panamá tiene entre 1968 y 1981 su propio dictador, quien en 1977 llega a un acuerdo con los administradores canaleros para que devuelvan el paso interoceánico, por lo que el país más joven de la América Central continúa bajo la tutela estadounidense hasta finales de 1999, cuando la administración del canal queda de lleno en manos panameñas. Así, como otras literaturas centroamericanas encuentran en el regionalismo la forma de expresar las singularidades nacionales, los escritores panameños lo hacen a través de novelas que se centran en las peripecias del pueblo alrededor de lo que ha representado el canal y la presencia de los Estados Unidos en suelo patrio. Esta narrativa, que la crítica llama 'novela canalera', es tan representativa entre las producciones literarias de Panamá como lo son la literatura de la revolución en las letras mexicanas y la gauchesca en las rioplatenses. Como afirma Frances Jaeger, ya que "Panamá no tiene la comodidad de ver sus orígenes nacionales y novelísticos como hechos envueltos en los misterios de una época lejana a la actualidad, recae en la novela canalera la responsabilidad de construir los mitos fundacionales". En efecto, a través de la narrativa de varios escritores representativos como Joaquín Beleño, Yolanda Camarano de Sucre, César Candanedo y Gil Blas Tejeira, la novela canalera recrea geográfica, histórica, económica, social y políticamente la trayectoria del Canal de Panamá, desde las primeras tentativas francesas hacia finales del siglo XIX, pasando por la llegada de los estadounidenses, el desplazamiento de comunidades para la construcción, el significado de la Zona del Canal de control norteamericano en tierra panameña, hasta el tratado que promete retornar el área canalera a Panamá.

A medida que el mapa centroamericano va tomando su forma actual, Guatemala sigue querellante con los ingleses, aunque reconoce en 1960 los límites geográficos con ese asentamiento británico en territorio aldeaño que, a partir de un movimiento nacionalista anticolonialista en los años 50, empieza a llamarse Belice y consigue su independencia de Gran Bretaña en 1981. Aunque diferente en su historia colonial y parcialmente en cuanto a lengua por haber heredado el inglés como idioma oficial, Belice comparte muchas características culturales con sus vecinos centroamericanos: un pasado indígena común, el legado colonial, la variedad étnica (mayas, criollos, afrodescendientes), la diversidad lingüística (español, garífuna, inglés), una estructura social similar, así como tradiciones culinarias y folclóricas comunes. En lo literario se observa una producción multilingüe en la que por razones obvias prevalece el inglés. Si bien la literatura beliceña se viene cultivando desde los tiempos del nacionalismo independentista, luego de su emancipación sobresale la escritora Zee Edgell, quien, en 1982 con *Beka Lamb*, su primera novela - de hecho la

primera en Belice – , “helps to reconceptualise the Belizean nation and attempts to re/locate women from the margins to the centre of nationalist discourses ... filling gaps in an understanding of Belize nationalism, by emphasising the de facto contributions of female activists” (Pitts 13).

La literatura beliceña, entre todas las centroamericanas, es la que ha recibido menos atención de los círculos críticos. Con el afán de subsanar esa apatía, se incluye en este volumen colectivo un estudio sobre una obra de Belice, país novísimo con una larga historia en la que el tiempo de contacto entre europeos y pueblos originarios es casi 300 años más largo que su vida independiente, de ahí que el folclore tradicional continúe prevaleciendo en el ámbito nacional. En el artículo de Christopher De Shield y Gerardo Polanco, “Succouring an Ixtabai: Zee Edgell’s Deployment of Local Folklore in *The Festival of San Joaquin* (1997)”, se estudia esa novela de Edgell por pasar de la mimesis pura prevalente en sus obras anteriores y utilizar un pastiche literario para representar a Belice. Esta novela, que entre la obra de la escritora es la más ignorada por la crítica literaria, se analiza como un ‘mito activo’, es decir, una narración que emplea el folclore como portal literario para unificar personajes, lugares y medios locales y así aprovechar las lecciones latentes contenidas en la mitología nativa. En efecto, esta obra cuenta una versión de la figura mítica de Ixtabai o mujer demonio (originaria de la Llorona), figura que Edgell recupera del folclore maya y la hace vehículo con el cual expresa una crítica social progresista contra el machismo y la tradición patriarcal en la cultura beliceña.

En las otras naciones ístmicas, esa segunda mitad del siglo XX es testigo de una continuidad democrática en Costa Rica (abolición del ejército, sufragio universal, inversiones en educación, diversificación económica, entre otras reformas); del asentamiento de bases militares estadounidenses en Honduras; y de los conflictos armados en Guatemala (1960-1996) y El Salvador (1980-1992) entre contingentes guerrilleros de izquierda y los ejércitos nacionales financiados con fondos norteamericanos anticomunistas; así como en Nicaragua (1979-1990) donde triunfó la revolución sandinista. Durante la década de los años ochenta, se observa una tercera instancia de unión ístmica cuando los gobernantes de turno se reúnen en los encuentros conocidos como Esquipulas I, en 1986, y Esquipulas II, al siguiente año, cuyo objetivo es promover la democracia y alcanzar la paz en las naciones centroamericanas, a pesar de la oposición del gobierno estadounidense que no reconoce el gobierno sandinista y patrocina la oposición paramilitar antisandinista conocida como Contras. El entonces presidente de Costa Rica, Óscar Arias, recibe el Premio Nobel de la Paz en 1987 por su

trabajo para conseguir la firma del segundo de estos acuerdos, los cuales vienen a sentar las bases para que en la siguiente década se dé fin a los diferentes enfrentamientos armados en la región.

A pesar de tales conflictos polarizantes, y gracias a ciertos avances democráticos en cuestiones culturales, hacia el último cuarto de ese siglo, los países centroamericanos, como indica Werner Mackenbach, “experimenta[n] un verdadero *boom* de su literatura narrativa ... tanto en la narrativa corta, como en el caso de la novela y el testimonio” (“Entre política”). A pesar de dicho *boom* literario, las producciones artísticas en los países en conflicto continúan encontrando censura, especialmente en El Salvador, por lo que parte de la literatura publicada en esa época se estudia poco y hasta ha caído en el olvido. De ese periodo vienen las narrativas estudiadas en los siguientes dos artículos que tratan sobre obras salvadoreñas que, como lo apuntan los autores, merecen ser rescatadas.

En “Álvaro Menen Desleal’s Speculative Planetary Imagination”, Carolyn Fornoff aboga por la recuperación de la narrativa de Álvaro Menen Desleal (El Salvador, 1931-2000) por considerarlo el fundador de la ficción especulativa centroamericana que se diferencia de la literatura politizada y realista producida por sus contemporáneos de la Generación Comprometida. De hecho, Menen Desleal ha sido ignorado por la crítica puesto que evita el compromiso con las particularidades regionales y los fundamentos de la literatura nacional. Sus textos de ciencia ficción se distancian del contexto local para responder de manera diferente e innovadora al autoritarismo y la marginación cultural, con lo cual logra criticar las aspiraciones neo-imperiales y la creencia de que los intereses de la política salvadoreña no tenían relación con los problemas geopolíticos de su época. El pensamiento cosmopolita y la narrativa de ciencia ficción de Menen Desleal no son gestos escapistas, sino más bien una muestra de la habilidad que existe en Centroamérica para narrar desde lo universal y utilizar de manera lúdica desde adentro de la región las convenciones de un género especulativo.

Similarmente, “*Cuando los hombres fuertes lloran* de Carmen Delia de Suárez, relectura de una novela salvadoreña olvidada”, por Julio Torres-Recinos, explora las razones temáticas e históricas por las que, en 1976 cuando se publicó la novela en cuestión, esta fue silenciada y desestimada por sectores políticos extremos. En efecto, esta novela ha sido marginada por los círculos críticos porque, al momento de publicarse, por un lado, habla de sublevación en un momento de la historia salvadoreña en el que los de la derecha política (los militares y la oligarquía) no permitían ningún cuestionamiento a su autoritarismo, mientras que, por el otro, los de la

izquierda no compartían la solución literaria que la novelista daba al conflicto real pues excluía al grueso del pueblo, los obreros y los campesinos. Se argumenta que el todavía perdurable olvido en el que ha quedado ya no se justifica puesto que, mediante una nueva lectura, la narrativa efectiva de la novela la constituye en un espacio para explorar y reflexionar sobre temas humanos universales relevantes, además de representar un momento histórico clave de El Salvador, la dictadura más larga del país durante la primera mitad del siglo XX.

Subsiguientemente a esos relatos que se insta a recuperar hoy en día, hacia finales del siglo XX, como se indica arriba, parte de la narrativa que se desarrolla en Centroamérica es la testimonial. En este subgénero narrativo en la región sobresale *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia* (1983), testimonio que la indígena maya Rigoberta Menchú, Premio Nobel de la Paz 1992, narra a la antropóloga Elizabeth Burgos-Debray sobre las atrocidades sufridas en las décadas de los años setenta y ochenta por las comunidades indígenas en Guatemala bajo la política contrasubversiva de los gobiernos militares que hicieron de los indígenas un enemigo interno. Este libro, “uno de los más significativos textos de la literatura testimonial centroamericana”, es objeto de una gran polémica académica hacia finales de ese siglo a razón de que la testimoniante es acusada de tergiversar los hechos históricos (Mackenbach, “El testimonio centroamericano contemporáneo” 419). No obstante, como afirma Barbara Dröscher, la lectura de este testimonio en el continente y más allá del mismo es “un factor importante en el surgimiento de una práctica de solidaridad con América Central y, especialmente, con los indígenas guatemaltecos”. Tanto por la solidaridad que inspira como por la controversia que suscita, el testimonio de Menchú también es otra de las contribuciones de la literatura centroamericana que se inserta en el canon literario hispanoamericano.

Es sobre literatura testimonial que tratan los siguientes cuatro artículos de este volumen colectivo. En “Reconociendo la humanidad del ‘otro’ en *Cuzcatlán, donde bate la mar del sur*”, de Manuel Ramírez, se analiza la novela del salvadoreño Manlio Argueta, la cual plantea una representación testimonial de las peripecias del campesinado dentro del conflicto armado en El Salvador de 1979 a 1992 entre el gobierno militar de derecha y la guerrilla de izquierda. A partir del análisis conectivo entre dos epígrafes con los que inicia la novela, se provee el fondo histórico de la oligarquía salvadoreña que, con apoyo militar, ha mantenido sumido en la pobreza al sector campesino, trasfondo sobre el cual se discute el modelo de nación en El Salvador. Al mismo tiempo que los personajes campesinos cuestionan la historia nacional que los excluye, la novela propone que la

comprensión entre los bandos en pugna solamente se dará cuando cada lado reconozca en sí mismo la humanidad del otro, momento en el cual también concluirán el despojo, la explotación y el exterminio que se viene dando en este país desde la conquista española.

En el siguiente artículo por José Sánchez Carbó, “Subversiones de la literatura testimonial centroamericana: *Noviembre* de Jorge Galán”, se aborda la novela del título que trata del asesinato de seis sacerdotes jesuitas en El Salvador en 1989. Como preámbulo, se esboza una breve mirada crítica a la producción testimonial en Centroamérica y se pone énfasis en las formas emergentes en el subgénero testimonio, como el uso de la parodia y la ironía, y las llamadas “memorias” para conmemorar la autobiografía de personajes públicos. Se argumenta que *Noviembre*, como forma emergente, subvierte las convenciones del testimonio como literatura para ampliar las posibilidades de la narrativa testimonial, amalgamando los recursos literarios a las ciencias sociales para construir un relato que cabe dentro del género denominado “literatura de lo real”. En la novela, a partir de diversas perspectivas tomadas de documentos, testimonios y apuntes personales, se construye un relato prismático sobre lo acontecido la noche de aquel asesinato, con la ausencia de la versión de la guerrilla. Por todo lo anterior, esta narrativa testimonial se coloca en el umbral entre ficción e historia, la cual se trata de comprender y humanizar sin perjudicar su autenticidad y veracidad.

De manera análoga al argumento anterior, Upasana Thakkar, autora del artículo “Transnationalism and *Testimonio* in Contemporary Central American Migrant Literature”, sostiene que leer literatura migrante centroamericana contemporánea como testimonio permite abarcar varias dicotomías – realidad/ficción, veracidad/falsedad – y enlazar las situaciones sociales centroamericanas del pasado a las circunstancias del presente. En las narrativas *Odyssey to the North* (1999), de Mario Bencastro, y *The Tattooed Soldier* (1998), de Héctor Tobar – textos de migración leídos como testimonios – se observan elementos comunes: dos países, un viaje migratorio, transmisión y negociación continua entre dos idiomas, así como la inmediata traducción de los libros al inglés que los hace disponibles a un público internacional antes que a los ciudadanos de los países donde se desarrollan sus tramas. En estos y otros textos afines es posible enfocarse en las repercusiones de los conflictos armados del pasado en Guatemala y El Salvador dentro del contexto de la actual migración hacia los Estados Unidos, lo cual muestra que el fin de los conflictos no ha resuelto todo, sino que se han producido nuevas historias que se expresan en la literatura, por lo que merecen la atención de los círculos críticos.

En sintonía con las literaturas de la diáspora centroamericana, en el siguiente artículo, “Digging Up the Past and Surviving El Salvador’s Phantoms: Salvadoran-American Post-Conflict Traumatic Memory and Reconciliation”, por Yvette Aparicio, se estudia la poesía de Jorge Argueta, William Archila y Javier Zamora, poetas salvadoreño-estadounidenses, nacidos en El Salvador y que inmigraron a los Estados Unidos, los dos primeros durante el conflicto armado salvadoreño y el último algunos años después de la firma de la paz como menor sin acompañamiento. En varios poemas se analiza la manera en que los traumas del conflicto nacional se desarrollan hasta volverse traumas posconflicto y posmigración. Esa poesía reclama una reconciliación entre las memorias de una voz poética emanada de una guerra nacional y los eventos de un presente violento e inestable en un nuevo país que la rechaza. Las reflexiones giran en torno a la coexistencia de viejas y nuevas heridas expresadas en una poesía que representa una generación nueva con una patria vieja distante, residente en un país ajeno y que lleva a costas la responsabilidad de recordar el conflicto de su nación casi tres décadas después de terminado.

La llegada del siglo XXI coincide casi con el segundo centenario de independencia en la mayoría de países de la región y para Panamá, con su primer siglo independiente en que posee totalmente el canal. Centroamérica, sin embargo, continúa lidiando con los fantasmas del pasado, especialmente en El Salvador y Guatemala, y afrontando nuevas realidades socioeconómicas, como la violencia pandillera, el narcotráfico, la endémica corrupción gubernamental, las caravanas de migrantes hacia los Estados Unidos y las protestas antigubernamentales en Nicaragua. Asimismo, se sigue buscando la propia voz identitaria bajo la sombra de una nación “hermana” mayor cada vez más xenofóbica y controladora de sus economías en desarrollo. Los escritores centroamericanos también continúan produciendo nuevas obras con una temática variada que sigue incluyendo la búsqueda de la identidad nacional enmarcada por un pasado generalmente tortuoso y experimenta cada vez más con nuevos asuntos, como la violencia contra las mujeres, la homosexualidad, las secuelas postconflictos, la globalización y los problemas ambientales, entre otros. Entre las voces literarias contemporáneas en América Central se encuentran la recordada panameña Rosa María Britton de variada producción literaria (cuento, novela y teatro); la poeta y novelista Gioconda Belli de Nicaragua; la novelista y ensayista costarricense Anacristina Rossi; el narrador Horacio Castellanos Moya de El Salvador; el cuentista y novelista guatemalteco Rodrigo Rey Rosa; la poeta y narradora Lety Elvir de Honduras; y, en Belice, el narrador David Ruiz Puga – quien escribe en español – y la poeta Ivory Kelly, que experimenta con poesía en

criollo beliceño. La reciente concesión en 2017 del Premio Miguel de Cervantes al nicaragüense Sergio Ramírez y el hecho de que la crítica lo considere “uno de los mejores narradores, no sólo de Nicaragua sino de la actual literatura en lengua española ... [cuyo] estilo narrativo evoluciona de la estética tradicional ... hasta el empleo de técnicas modernas” (Chacón 374) dan fe de la evolución y creciente visibilización de las literaturas centroamericanas como parte de las letras hispanoamericanas.

De la literatura centroamericana de este nuevo siglo se ocupan los siguiente tres artículos. Sophie Lavoie, en “*El país de las mujeres*”, Gioconda Belli’s (Neo)Feminist Treatise: New Proposal for a Post-Sandinista Society in Nicaragua”, examina el enlace del glorioso pasado sandinista de la década de los años ochenta con el regreso cuestionable del sandinismo al poder en el siglo XXI y un presente literario propuesto en la novela de Belli. Se enmarca el estudio de la novela en una reflexión introductoria sobre el neofeminismo en Latinoamérica, en especial entre las intelectuales y escritoras de la región, y un recuento sucinto sobre la novelística de la escritora nicaragüense que se centra en un llamado inicial desde sus poemas a un análisis del patriarcado imperante en el seno mismo del movimiento sandinista hasta el fomento de los derechos de la mujer. Mediante la llamada *trafficking history*, cuestionamiento de los valores contemporáneos a través de la combinación simultánea de varias épocas y manipulación de confusiones históricas y verdades percibidas, se analizan los contextos históricos en relación a un ficticio movimiento de mujeres que ha alcanzado el poder nacional y adelanta una agenda política y social de género.

Seguidamente, en “Archivos del malestar: Estética y política de la infelicidad en la ficción centroamericana contemporánea (Ramiro Lacayo Deshón, Jacinta Escudos y Claudia Hernández)”, Magdalena Perkowska contrapone teorías sobre emociones disfóricas y eufóricas para analizar el significado crítico de la negatividad y la infelicidad en las narrativas de las salvadoreñas Jacinta Escudos y Claudia Hernández y del nicaragüense Ramiro Lacayo Deshón. Se propone que estas narrativas componen un “archivo del malestar” en la ficción centroamericana que derivan del desencanto frente a las utopías revolucionarias del pasado y se trazan los derroteros afectivos representados que van del entusiasmo prerrevolucionario, pasando por el engaño de la promesa de la felicidad individual y la perversión de la felicidad colectiva, hasta los sentimientos negativos de desesperanza, frustración y apatía. Los archivos centroamericanos del malestar buscan, en última instancia, incomodar al lector al compartir la infelicidad y motivar su deseo por encontrar alternativas para vivir mejor.

El siguiente artículo de Jorge Carlos Guerrero, “Guatemala y la escena de la literatura mundial en *El material humano* de Rodrigo Rey Rosa”, estudia la novela del título como una obra latinoamericana global en la que se reflexiona sobre la literatura guatemalteca y las interrelaciones literarias dentro del proceso de globalización. Este texto es la novelización del Archivo de la Policía Nacional de Guatemala descubierto en 2005 y que registra abusos a los derechos humanos cometidos durante el conflicto armado de esa nación. Observada como cuaderno de bitácoras o diario personal y profesional del escritor mediante el cual se crea una autoficción, la novela se postula como una reflexión sobre aspectos de la estética y la política centroamericanas a partir de la construcción de una imagen del intelectual cosmopolita marginal que piensa sobre su patria a la luz de historias y experiencias intelectuales mundiales. El deseo de este intelectual de encontrar la forma literaria adecuada para representar la complejidad social de su país resulta en la hibridez narrativa de la novela – apuntes de bitácora, diario, autoficción, novela policial – y se postula como estrategia literaria para insertarse en la literatura mundial desde su posición periférica centroamericana.

La literatura de la región no es el único arte centroamericano inserto ya en el canon continental. Las artes fílmicas de Centroamérica también han sido incluidas, aunque más recientemente, en el cine de las Américas y celebradas en festivales internacionales. El cine producido en la América Central ha tenido sus auges y descensos. En términos generales, sus inicios se remontan a la primera mitad del siglo XX cuando se producen filmes durante las dictaduras de los años 30, 40 y 50, más documentales que de ficción y con el fin de apoyar los regímenes y sus líderes. En los siguientes dos decenios, disminuyeron las producciones cinematográficas y no fue sino hasta la década de los ochenta que se volvió a intensificar la filmografía centroamericana por la importancia que la crítica internacional daba a los conflictos armados regionales, el triunfo sandinista y el retorno del canal. Luego de los acuerdos de paz en El Salvador en 1992 y Guatemala en 1996, vuelve a menguar el cine regional para volver a un alta durante los primeros años del siglo XXI, periodo en el que da inicio el cine beliceño y cuando “el audiovisual centroamericano vive un auge nunca antes logrado en su historia”, en especial en el “largometraje de ficción, se empieza a ganar reconocimientos internacionales de importancia, lo cual hace indudable el hecho de que a nuestra cinematografía no le falta talento” (Cortés 60-61).

Precisamente sobre ese talento de las artes fílmicas de la América Central tratan los últimos dos artículos aquí presentados. Luis Fernando Fallas Fallas presenta una perspectiva panorámica sobre la producción

filmica en la América Central en su artículo “Shifting from identity to marketing, Central American Cinema as a brand for sales, not a place in the making”. Este artículo analiza el cine centroamericano desde la teoría “actor-red”, argumentando que, en lugar de pensar acerca de estas películas en función de la región, las mismas deben ser exploradas a partir de sus interacciones con otros actores directa o indirectamente involucrados, como fuentes de financiación, temáticas, canales de distribución, consumidores, entre otros, los cuales interactúan en la construcción del significado y el mensaje postulados en las películas producidas en el Istmo. Este estudio toma como referentes las películas *El engaño* (Nicaragua, 2012), *Xic Vuh* (Guatemala, 2013) e *Irene* (Costa Rica, 2013), una muestra de los filmes ganadores bajo la marca territorial ‘Centroamérica’ en el Festival Internacional de Cine Ícaro. Estas y otras producciones galardonadas ofrecen la oportunidad para aumentar la exposición y reconocimiento de estas narrativas visuales regionales como parte de una industria global.

De las artes cinematográficas regionales, bastante productivas todas en las últimas dos décadas, la costarricense es la más fecunda debido al constante apoyo de diversos sectores gubernamentales, no gubernamentales y privados, tanto nacionales como internacionales. Así lo demuestra Ronald Ramírez en su artículo “El largometraje de ficción en Costa Rica: análisis estético de *Presos* (2014, Esteban Ramírez), *Violeta al fin* (2017, Hilda Hidalgo) y *Medea* (2017, Alexandra Latishev)”, el cual inicia con una breve historia y visión general sobre la cinematografía costarricense, con especial énfasis en el periodo 2010-2018. Como muestra particular de ese casi decenio, se analizan los filmes mencionados en el título en cuanto a contenido, observación documental y hermenéutica textual simbólica, para señalar las nuevas poéticas filmicas y estéticas autorales costarricenses. Este estudio apunta a distinguir las nuevas perspectivas de los realizadores de este tipo de cine y sus aportaciones al panorama filmico de Costa Rica como punto referencial continental en materia de calidad artística.

A modo de conclusión, se debe señalar que las aportaciones de los autores aquí incluidos demuestran la relevancia que las literaturas y culturas centroamericanas recientes y contemporáneas tienen en relación al continente americano y como parte del mismo, más allá de su adscrita inexistencia, su cuestionada validez, su carácter doblemente periférico y sus notables contribuciones pasadas. La historia sociopolítica de la América Central, que ha influido y sigue influyendo significativamente en las literaturas de la región, presenta derroteros similares a los continentales, aun así muy particulares, puesto que los centroamericanos

han tenido que lidiar con la gran sombra proyectada desde el norte que ha venido a crear diferentes reacciones umbrosas en el interior del istmo. Dentro de esas oscuridades han surgido y resurgido las siete naciones centroamericanas que, a pesar de la independencia individual, han demostrado que, sin importar el tamaño, su unión ha producido la fuerza con la que se logró su independencia, se defendió su soberanía y se alcanzaron su paz y democracia relativas. Asimismo, en el aspecto cultural, mientras se sigue comentando la inserción de la literatura latinoamericana en el polisistema del canon mundial, el corpus creciente de literatura centroamericana continúa abriéndose paso en los círculos literarios del continente y trascendiéndolos. Este volumen rinde homenaje a las expresiones culturales del Centro de América y pretende, además de elucidar aspectos geográficos, históricos y literarios, ser una contribución desde Canadá a los estudios literarios y culturales centroamericanos.

Solamente resta agradecer a los diferentes actores que han contribuido a llevar a cabo esta antología de artículos académicos. Se agradece a la Universidad de Waterloo y su Facultad de Artes por el apoyo económico que ha asistido en la consecución del aspecto material de esta publicación. Asimismo, mando un agradecimiento sincero a Rosalía Cornejo Parriego, exdirectora de la *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, por el apoyo dado en la realización de este primer volumen colectivo sobre las artes de la América Central, así como también se agradece mucho a Odile Cisneros, actual directora, por su continua colaboración y paciencia a lo largo de este proyecto. Finalmente, me gustaría reconocer y agradecer profundamente a los autores de los artículos y a los lectores externos por el arduo trabajo de escritura, revisión y reescritura que, aunque a contracorriente de las nociones preconcebidas sobre el Istmo, contribuye a dar a conocer Centroamérica y promover sus expresiones artísticas para así mantener abiertas las conexiones con otras áreas culturales del continente y el mundo.

*University of Waterloo*

#### OBRAS CITADAS

- ARIAS, ARTURO. *Taking their Word: Literature and Signs of Central America*. Minneapolis: U of Minnesota P, 2007.
- BALDERSTON, DANIEL, AND MIKE GOZALEZ, EDS. *Encyclopedia of Twentieth-Century Latin American and Caribbean Literature, 1900-2003*. London: Routledge, 2004.

- BROTHERSTON, GORDON, AND LÚCIA SÁ. "First Peoples of the Americas and their Literature." *CLCWeb: Comparative Literature and Culture* 4.2 (2002): S. pag.
- CHACÓN, ALBINO, ED. *Diccionario de la literatura centroamericana*. Heredia, Costa Rica: Editorial U Nacional, 2007.
- COATES, ANTHONY, ED. *Central America: A Natural and Cultural History*. Yale UP, 1999.
- . "The Forging of Central America." Coates 1-37.
- COOKE, RICHARD. "The Native People of Central America during Pre-Columbian and Colonial Times." Coates 137-76.
- CORTÉS, MARÍA LOURDES. "El renacer del cine centroamericano." *Cinémas d'Amérique Latine* 17 (2009): 59-64.
- DE LAS CASAS, BARTOLOMÉ. *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*. Medellín, Colombia: Editorial U de Antioquia, 2006.
- DRÖSCHER, BARBARA. "El testimonio y los intelectuales en el triángulo atlántico. Desde *El Cimarrón*., traducido por H.M. Enzensberger, hasta la polémica actual en torno a Rigoberta Menchú, de Elizabeth Burgos." *Istmo, revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos* 2 (2001): S. pag.
- EVEN-ZOHAR, ITAMAR. *Papers in Culture Research*. Tel Aviv: Unit of Culture Research, Tel Aviv U, 2010.
- FOSTER, LYNN V. *A Brief History of Central America*. New York: Infobase Publishing, 2007.
- GOETZ, DELIA, AND SYLVANUS G. MORLEY. *Popol Vuh: The Book of the Ancient Maya*. Mineola, N.Y.: Dover Publications, 2003.
- JAEGER, FRANCES. "La novela canalera como acto contestatario de la nación panameña." *Istmo, revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos* 7 (2003): S. pag.
- MACKENBACH, WERNER. "Entre política, historia y ficción. Tendencias en la narrativa centroamericana a finales del siglo XX." *Istmo, revista virtual de estudios literarios y culturales centroamericanos* 15 (2007): S. pag.
- . "El testimonio centroamericano contemporáneo entre la epopeya y la parodia." *Kamchatka, revista de análisis cultural* 6 (2015): 409-34.
- MAYER, ALICIA. "El pensamiento de Bartolomé de las Casas en el discurso sobre el indígena. Una perspectiva comparada en las colonias americanas." *Historia Mexicana* 63.3 (2014): 1121-79.
- MENTON, SEYMOUR. *Historia crítica de la novela guatemalteca*. Guatemala: Editorial Universitaria, 1985.
- PASTOR, RODOLFO. *Historia mínima de Centroamérica*. México D.F.: Colegio de México, 2011.
- PÉREZ RUZAFÁ, ÁNGEL. "Investigar en la periferia de la periferia." *Diario La Verdad*, 30 de marzo de 2019. S. pag.

- PITTS, CANDICE A. "Belize - A Nation (Still) in the Making." *Wasafiri* 31.3 (2016): 13-20.
- RAMOS, JUAN G. "Utopian Thinking in Verse: Temporality and Poetic Imaginary in the Poetry of Nicanor Parra, Mario Benedetti, and Roque Dalton." *Hispanófila* 178 (2016): 185-203.
- RIVERA-MONTEALEGRE, FLAVIO. *Vida y obra de Rubén Darío: genealogía, iconografía y ensayos*. Miami: Movimiento Cultural Nicaragüense, 2013.
- ROZOTTO, DAVID. "El criollismo en la América de habla hispana: revisita y reflexiones sobre el patrimonio de una literatura centenaria." *Literatura: teoría, historia, crítica* 21.1 (2019): 117-41.
- SÁNCHEZ, PRADO IGNACIO M. "'Hijos de Metapa': un recorrido conceptual de la literatura mundial (a manera de introducción)." *América Latina en la literatura mundial*. Ed. Ignacio M. Sánchez Prado. Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, Pittsburgh UP, 2006. 7-46.